

# La hazaña de Alfonso Comín

Anteriormente, más próximos en el tiempo los ecos de la revolución soviética, había sucedido en otros países occidentales: durante los años treinta, en la Gran Bretaña y en los Estados Unidos, durante los cuarenta en Francia... Ocurrió en España con el retraso habitual: ciertos sectores sociales que antes habían sido reacios al marxismo experimentaron su atracción. Fue, aproximadamente, a caballo de los cincuenta y los sesenta, para prolongarse durante la segunda década.

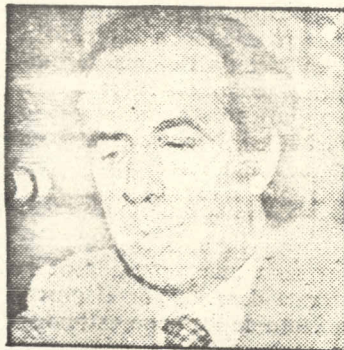
Entre los sectores atraídos aquí figuraba gente católica, las más de las veces universitaria o de talante intelectual. La atracción marxista venía a producirse sobre individuos de formación católica más o menos tradicional, pero marcados por la renovación cristiana presente también entre nosotros desde pocos años atrás. Personas sentimentales y mentalmente sensibles a las injusticias de la sociedad capitalista en general y al tipo franquista de sociedad capitalista en particular. Personas también sensibles a los compromisos lamentables de sectores amplios y representativos de la

Iglesia española con el Estado nacido del 18 de julio.

Mientras otros sectores católicos más moderados mantenían su desconfianza radical ante el marxismo, hubo entre los indicados acaso dos tipos de reacción. Unos tomaron del marxismo la parte mayor o menor que les pareció acertada, sin sentir ante él un respeto reverencial. Otros quisieron incorporarse por completo al marxismo y con alguna frecuencia acabaron sustituyendo una fe religiosa por una fe política: el marxismo funcionó para no pocos como una compensación de algo que la secularización, la crisis del postconcilio, la conducta aburguesada y diplomática de amplios sectores católicos había contribuido a cuartear.

Esta fe sustitutoria se habrá mantenido después en algunos y se habrá desvanecido en otros. No es eso lo que me importa ahora. Lo que me mueve a recordar muchas peripecias individuales de años atrás es que el querido Alfonso Comín no formó parte de ninguno de los dos grupos descritos esquemáticamente. Para incorporar sin problemas de conciencia y tal vez con cierta frialdad ra-

Juan Gomis



cionalista una parte mayor o menor del marxismo, era de temperamento demasiado radical y apasionado: tendía al todo o nada. Para que su fe cristiana fuera rápida o progresivamente sustituida por una fe política tenía demasiado auténticamente metido el cristianismo en los huesos del espíritu.

Empezó él por entonces, y fue evolucionando a través de años, un camino realmente original. Alfonso Carlos Comín decidió o fue decidiéndose ser plenamente marxista y plenamente cristiano a la vez. Opera-

ción intelectual y prácticamente imposible por aquellos años, tal como se entendía entonces cristianismo y comunismo. Operación imposible por una y otra parte, a menos que el cristiano adherido al partido guardara, en el y en la Iglesia, silencio o pusiera sordina a su cristianismo en el partido y a su comunismo en la Iglesia.

No era Alfonso Comín precisamente un entusiasta de este silencio o del uso de la sordina. Su tarea fundamental consistió en hacerse aceptar y hacer aceptar a los cristianos en el seno del PSUC y del PCE, y a estos cristianos comunistas en la Iglesia. Si se tienen en cuenta todos los hechos y circunstancias, esta tarea recuerda alguno de los trabajos de Hércules o alguna hazaña de libro de caballerías. Pero consiguió lo que quería: los comunistas catalanes y españoles acabaron declarando laicos a sus partidos respectivos, aceptaron en sus filas a cristianos sin pedirles renuncias a sus creencias ni uso de sordinas. En cuanto a la Iglesia, si la jerarquía se mostró perpleja y frecuentemente crítica, no pronunció ningún anatema ante la

originalidad de aquellos cristianos.

La peripecia de Comín fue teórica y práctica, pero seguramente el objetivo que le con venga mejor sea el de vital. El secreto que permitió la operación fue que el comunismo declarara aquí, en forma cautelosa pero suficiente, que si el ateísmo había sido considerado generalmente uno de los dogmas del partido, ahora se admitía que eso podía ser materia revisable. Alfonso Comín —no sólo él, por supuesto, pero tuvo en ello parte fundamental y creo que individualmente la primera—, había conseguido este cambio que juzgo histórico. Y sin que él renunciara a nada de lo que consideraba que era el cristianismo.

Alfonso Comín había logrado realizar su trabajo de Hércules y su hazaña quijotesca. Y si se recuerda que buena parte de ello lo consiguió ya enfermo de cáncer habrá que preguntarse por ese extraño viento que a veces sopla en seres humanos. O, si se quiere, que mueve montañas.

— Juan Gomis. Escritor presidente de Justicia y Paz.